

SOBRE LAS ARMAS

Por EDUARDO HARO TECGLÉN

ANTES de que Krutchev desmintiese —no con mucha energía— sus declaraciones ante un grupo de parlamentarios japoneses, la noticia de que la URSS dispone de un «arma ilimitada» había dado ya la vuelta al mundo y había precipitado sobre sus máquinas de escribir a todos los expertos del asustado orbe: quién hablaba de guerra bacteriológica, quién de bombas de mil megatonnes (es decir, de un billón de toneladas de explosivos normales). Un coronel de una revista muy oficial francesa, «L'Armée», explica una nueva posibilidad de guerra: la guerra de las drogas. Se trata de una guerra feliz. Ciertos productos extraídos de plantas de América del Sur —el peyotl, la cohoba, el yagé; productos que conocen bien los jóvenes «beatniks» americanos— pueden ser pulverizados sobre una ciudad, sobre un ejército enemigo. Estas drogas hacen ver a quienes las inhalan visiones paradisíacas, hadas y alegres enanuelos saltarines. Desaparece la noción del tiempo y del espacio y se llega a la mutación de la personalidad. (Para más detalles pueden ustedes leer «The Naked Lunch», de William Burroughs: un libro que está dando la vuelta al mundo.) «Eficaz, económica, de un empleo fácil —escribe el coronel Nardi, como si anunciase un detergente—, el arma psicoquímica resulta un arma humanitaria, un arma moral, puesto que no procura de hecho ningún sufrimiento al combatiente, al cual solamente convierte en incapaz de combatir durante un tiempo limitado». Krutchev, en una aclaración posterior, ha explicado que los japoneses han entendido mal sus palabras y que su arma no es de una «potencia ilimitada», como se había entendido —es decir, el «arma absoluta», que los sabios del mundo buscan desde el principio de los tiempos—, sino simplemente «un arma terrible que muestra de qué es capaz la humanidad», y que desde luego «no se trata de una nueva bomba nuclear, puesto que dichas bombas necesitan ensayos y nosotros no realizamos tales ensayos» (después del Tratado de Moscú, que prohíbe cualquier experimentación nuclear). Esta aclaración de Moscú sigue permitiendo toda clase de hipótesis y lo grave es que hemos llegado a un estadio tal en la humanidad, en el que cualquier producto de la imaginación debe considerarse como posible. No hace mucho he leído un libro tan doctoral como «El fenómeno-guerra», del profesor Gaston Bouthoul, de la Escuela de Altos Estudios Sociales, vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, la noticia de que los americanos están preparando biológicamente un mono para convertirlo en combatiente y ahorrar pérdida de vidas humanas... Cualquier noticia de este tipo tiene que caer bien en el campo de cultivo de la credulidad del ciudadano que, en realidad, ha perdido ya la curiosidad por conocer la naturaleza de las nuevas armas: lo único que le preocupa es que realmente existan y que en cualquier momento pueden desintegrarle, paralizarle, abrasarle o, en fin, hacerle ver un cuento de hadas al final del cual se encontrará con un ejército de ocupación en la puerta de su casa.

Ha bastado la declaración de Krutchev para que rápidamente una campaña de «desviación del terror» se produzca: los habituales portavoces más o menos oficiosos han dicho en seguida que se trata de un arma «contra los chinos». Es evidente que el hecho de que Krutchev diga que tiene un arma nueva y terrorífica es ya un ataque psicológico en la guerra de nervios que estamos viviendo, y la mejor coraza consiste en explicar que esa bomba «no es para nosotros», sino para los chinos, que, a fin de cuentas, están lejos y son amarillos. Al mismo tiempo, los Estados Unidos han lanzado una operación paralela. El profesor Teller —americano— ha anunciado que su país tiene una formidable bomba de hidrógeno desprovista de residuos radiactivos. Y Johnson, en un discurso electoral pronunciado en Sacramento (California), advierte que los Estados Unidos tienen un nuevo sistema de defensa capaz de destruir en el espacio a los satélites portadores de bombas, y también un nuevo sistema de radar que puede señalar los proyectiles enemigos «más allá de la línea del horizonte». Frente al arma absoluta, la defensa absoluta. Y vuelta a empezar...

En realidad no parece muy necesario fabricar nuevas armas. Las docenas de millones de bombas atómicas que están almacenadas en el mundo

son más que suficientes. Las escuadras de la NATO que esta semana han realizado maniobras en el Atlántico —el océano que debe ser escenario de la próxima guerra, según algunos técnicos militares— representan por sí solas una fuerza capaz de matar más hombres que todas las guerras juntas que ha conocido la Historia hasta ahora. No hace mucho tiempo que se ha divulgado la composición del arsenal nuclear de la NATO. Consiste en aproximadamente un millar de proyectiles nucleares de distintas potencias. El más pequeño es el proyectil para el mortero «Davy Crockett», un arma movilizada por tres soldados; dicho proyectil varía entre las 20 y las 40 toneladas de TNT. El más grande es el «Pershing», del tipo de los «missiles», que alcanza seiscientos kilómetros de distancia y tiene una potencia equivalente a las 400.000 toneladas de TNT. Ninguna de estas armas que los Estados Unidos han puesto a disposición de la NATO pueden compararse a la potencia destructiva y al alcance de los proyectiles intercontinentales, que los Estados Unidos se reservan para sí. En realidad, tampoco la NATO puede disponer por sí misma de los proyectiles atómicos, sino que su uso está limitado al veto de los Estados Unidos, que es de poder exclusivo del Presidente. Precisamente sobre este tema se desarrolla una de las principales polémicas entre Goldwater y Johnson. El feroz republicano pretende que el uso de estas armas sea discrecional del comandante supremo de la NATO y, en general, de los altos jefes militares de Estados Unidos comprometidos en acciones de guerra —como, por ejemplo, en el Vietnam—, mientras Johnson piensa que sólo una persona, el más alto representante del poder civil de la nación, el Presidente, puede autorizar el empleo del arma atómica que, inevitablemente, rompería diecinueve años de difícil equilibrio, de peligrosa guerra fría, durante la cual nadie ha osado lanzar una bomba atómica de ninguna clase. Explica también que no existe, como cree Goldwater, una «bomba atómica convencional». Cualquier bomba atómica norteamericana posee una capacidad destructiva equiparable a cinco veces la bomba de Hiroshima. Aquella bomba, cuyo veinte aniversario está próximo a cumplirse, asesinó 78.150 personas; la multiplicación por cinco presenta la posibilidad de un asesinato colectivo de 390.750 personas. El comandante de la NATO que pudiera por sí mismo disponer del arsenal de mil bombas dispondría al mismo tiempo del poder de matar instantáneamente a 390.750.000 personas, que no sería más que la iniciación de una mortandad en cadena...

Dada esta certidumbre, es innecesario imaginar nada. La realidad supera la ficción.

Pero Goldwater cree que «la Unión Soviética ha realizado mayores progresos que los Estados Unidos en el desarrollo de las armas nucleares» (discurso de Raleigh, Carolina del Norte, 17 de septiembre) y por eso pide que se rompa el Tratado de Moscú y continúen las experiencias nucleares, con el fin de recuperar el retraso. Muchos norteamericanos goldwaterianos creen lo mismo, y hasta estiman que es ya demasiado tarde para intentar nada en el aspecto nuclear. Hay una asociación de extremistas de derecha, los «Minutemen», que parten para su actividad social de la siguiente base: la próxima guerra es inevitable, esa guerra será nuclear y en ella los Estados Unidos serán derrotados y destruidos, como consecuencia de la política Kennedy-Johnson. La finalidad de la asociación consiste en adiestrarse en la guerra de guerrillas para seguir combatiendo al comunismo después del gran desastre. Los «Minutemen» salen los domingos al campo y, adiestrados por ex combatientes, con armas blancas y fusiles de madera, se adiestran para luchar contra el futuro ocupante de los Estados Unidos. Dentro del fatal pesimismo que les preside, no cabe mayor optimismo que el de imaginarse a sí mismos supervivientes de esa guerra y capaces de vencer con sus armas blancas a la potencia que entonces sería dueña del mundo. Ni cabe mayor perseverancia en el anticomunismo. Claro que en los Estados Unidos no hay más que veinticinco mil «Minutemen» y, desde luego, dan un poco de risa a sus compatriotas, que contemplan con ironía esta reproducción dominguera del fin del mundo.